

JOSÉ MARIA EÇA DE QUEIRÓS

EL CRIMEN DEL PADRE AMARO
Escenas de la vida devota

Prólogo de
João de Melo

Traducción del portugués de
Carlos Manzano

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

I

En el domingo de Pascua fue cuando se supo en Leiria que el párroco de la catedral, José Miguéis, había muerto en la madrugada de una apoplejía. Era un hombre sanguíneo y grueso, conocido entre el clero diocesano como el «comilón de comilones». Se contaban historias singulares de su voracidad. Carlos, el de la botica, quien lo detestaba, acostumbraba a decir, siempre que lo veía salir después de la siesta, con la cara encendida en sangre y muy hinchado:

–Ahí va la boa a hacer la digestión. ¡Un día va a reventar!

En efecto, reventó, después de una cena de pescado, mientras enfrente, en la casa del doctor Godinho, como era su cumpleaños, bailaban la polca. Nadie lo lamentó y poca gente fue a su entierro. En general, no era apreciado. Era un aldeano; tenía los modales y la energía de un cavador, voz ronca y pelo en las orejas y pronunciaba palabras bastas.

Las devotas nunca lo habían querido; eructaba en el confesionario y, como había vivido siempre en parroquias de aldea o de la sierra, no comprendía ciertas sensibilidades exacerbadas de la devoción: por eso, había perdido, desde el principio, casi todas las que con él se confesaban, quienes habían pasado al delicado padre Gusmão, ¡rebo-sante de labia!

Y, cuando las beatas, que le eran fieles, iban a hablarle de escrúpulos, de visiones, José Miguéis se escandalizaba y gruñía así:

–¡No me venga con patrañas, santita mía! ¡Pida buen juicio a Dios! ¡Más seso en la chola!

Sobre todo las exageraciones de los ayunos lo irritaban:

–Hágame el favor de comer y beber –acostumbraba a gritar–, ¡coma y beba, criatura!

Era *miguelista* y los partidos liberales, sus opiniones, sus periódicos, le inspiraban una cólera irracional:

–¡Un garrotazo! ¡Eso es lo que merecen! –exclamaba, al tiempo que movía su enorme sombrilla roja.

En los últimos años había adoptado hábitos sedentarios y vivía aislado, con una criada vieja y un perro, *Joli*. Su único amigo era el chantre Valadares, que entonces regía el obispado, porque el señor obispo don Joaquim llevaba años gimiendo, con su reuma, en una quinta del Alto Miño. El párroco tenía un gran respeto al chantre, hombre seco, de nariz grande, muy corto de vista, admirador de Ovidio y que hablaba haciendo mohínes con la boca y con alusiones mitológicas.

El chantre lo apreciaba. Lo llamaba *Fray Hércules*.

–*Hércules* por la fuerza –explicaba sonriendo– y *Fray* por la gula.

En su entierro él mismo fue a hispearle la sepultura y, como acostumbraba a ofrecerle todos los días rapé de su caja de oro, dijo a los otros canónigos, en voz baja, al dejar caer sobre el ataúd, según el ritual, el primer terrón de tierra:

–¡Es la última pulgarada que le doy!

Todo el cabildo rió mucho con aquella broma del señor regidor del obispado: el canónigo Campos la contó por la noche, mientras tomaban el té, en casa del diputado Novais; la celebraron con risas gozosas, todos encomiaron las virtudes del chantre y se afirmó con respeto... ¡que Su Ilustrísima tenía mucha gracia!

Días después del entierro, apareció, errando por la Pla-

za, el perro del párroco, *Joli*. La criada fue ingresada, con tercianas, en el hospital, la casa quedó cerrada y el perro, abandonado, gemía de hambre por los portales. Era un perro pequeño y extremadamente gordo, que presentaba vagas semejanzas con el párroco. Acostumbrado a las sotanas como estaba y deseoso de dueño, en cuanto veía a un cura, se ponía a seguirlo, gañendo bajito, pero nadie quería al desdichado *Joli*; lo ahuyentaban con las puntas de las sombrillas; el perro, rechazado como un pretendiente, pasaba toda la noche aullando por las calles. Una mañana apareció muerto junto a la Beneficencia; el carro de la basura se lo llevó y, como nadie volvió a ver el perro en la Plaza, el párroco José Miguéis quedó definitivamente olvidado.

Dos meses después, se supo en Leiria que habían nombrado a otro párroco. Decían que era un hombre muy joven, que acababa de salir del seminario. Su nombre era Amaro Vieira. Se atribuía su elección a influencias políticas y el periódico de Leiria, *A Voz do Distrito*, partidario de la oposición, habló con amargura, citando el Gólgota, de favoritismo de la Corte y de la reacción clerical. Algunos curas se habían escandalizado con el artículo; se habló de ello, con acritud, delante del señor chantre.

—No, no, ya lo creo que ha habido favor y ese hombre tiene padrinos —dijo el chantre—. A mí me escribió para confirmármelo Brito Correia —que entonces era ministro de Justicia—. Me dijo incluso en su carta que el párroco es un buen mozo, de modo que —añadió sonriendo con satisfacción—, después de *Fray Hércules*, tal vez vayamos a tener un *Fray Apolo*.

En Leiria había sólo una persona que conocía al nuevo párroco: era el canónigo Dias, quien en los primeros años del seminario había sido su profesor de Moral. En su tiempo, decía el canónigo, el párroco era un muchacho delgado, tímido, cubierto de espinillas...

—¡Parece que lo estuviera viendo con la sotana muy sobada y con cara de tener lombrices!... Por lo demás, ¡buen chico! Y bastante despierto...

El canónigo Dias era muy conocido en Leiria. Últimamente, había engordado, el vientre saliente le llenaba la sotana y su cabecita entrecana, las orejas prominentes, los labios gruesos, hacían recordar viejas anécdotas de frailes lascivos y glotones.

El tío Patricio, el *Antiguo*, comerciante de la Plaza, muy liberal y que, cuando pasaba por delante de los padres, gruñía como un viejo mastín, decía a veces, al verlo cruzar la Plaza, pesado, rumiando la digestión y apoyado en el paraguas:

—¡Qué tunante! ¡Parece el mismísimo Juan VI!

El canónigo vivía sólo con una hermana mayor, doña Josefa Dias, y una criada, a la que todo el mundo conocía también en Leiria, siempre en la calle, envuelta en una toquilla teñida de negro y arrastrando pesadamente sus chinelas de orillo. El canónigo Dias pasaba por rico; tenía cerca de Leiria propiedades arrendadas, ofrecía comidas con pavo y su vino *duque* de 1815 tenía fama, pero el detalle sobresaliente de su vida, el detalle comentado y murmurado, era su antigua amistad con la señora Augusta Caminha, a quien llamaban la São Joaneira, por ser natural de São João da Foz. La São Joaneira vivía en la Rua da Misericórdia y recibía a huéspedes. Tenía una hija, Ameliazinha, muchacha de veintitrés años, bonita, sana, muy deseada.

El canónigo Dias se alegró mucho del nombramiento de Amaro Vieira. En la botica de Carlos, en la Plaza, en la sacristía de la catedral, elogió su aplicación en los estudios del seminario, su prudencia de costumbres, su obediencia; alababa incluso su voz: «¡Un timbre que es un gusto!».

—¡Ideal para poner un poco de sentimiento en los sermones de la Semana Santa!

Le predecía con énfasis un destino feliz, una sinecura, seguro, ¡tal vez la gloria de un obispado!

Y un día enseñó por fin con satisfacción al coadjutor de la catedral, ser servil y callado, una carta que había recibido de Amaro Vieira, procedente de Lisboa.

Era una tarde de agosto e iban paseando los dos a ori-

llas del Puente Nuevo. Se estaba construyendo entonces la carretera de Figueira: habían destruido el antiguo pasadizo de madera sobre la ribera del Lis, ya se pasaba por el Puente Nuevo, muy alabado, con sus dos anchos arcos de piedra, fuertes y achaparrados. Más adelante, las obras estaban suspendidas por una expropiación pendiente; aún se veía el cenagoso camino de la parroquia de Marrazes, que la nueva carretera debía mejorar e incorporar; capas de cascajo cubrían el suelo y los gruesos cilindros de piedra, que comprimen y revisten el macadam, se enterraban en la tierra negra y húmeda de las lluvias.

En torno al puente, el paisaje es amplio y tranquilo. Por la parte de la que procede el río, hay colinas bajas, de formas redondeadas, cubiertas por el ramaje verdinegro de los pinos jóvenes; debajo, en la espesura de las arboledas, están las alquerías, que dan a aquellos lugares melancólicos una forma más viva y humana, con sus alegres paredes enjalbegadas que brillan al sol, con los humos de los hogares que por la tarde azulean en los aires siempre claros y lavados. Por la parte del mar, por donde el río se arrastra por las tierras bajas entre dos filas de sauces pálidos, el campo de Leiria, amplio, fecundo, con el aspecto que le da la abundancia de agua, y lleno de luz, se extiende hasta los primeros arenales. Desde el puente se ve poco de la ciudad: sólo una esquina de las pesadas y jesuíticas canterías de la catedral, un canto del muro del cementerio cubierto de parietarias y puntas agudas y negras de los cipreses; el resto queda oculto por el pétreo monte erizado de vegetaciones rebeldes, donde destacan las ruinas del castillo, todas envueltas por la tarde en los amplios vuelos circulares de los mochuelos, desordenadas y con un impresionante aspecto histórico.

Al pie del puente, una rampa descende hacia la alameda que se extiende un poco a la orilla del río. Es un lugar recoleto, cubierto de árboles antiguos. Lo llaman la Alameda Vieja. Allí, caminando despacio, hablando en voz baja, el canónigo iba comentando al coadjutor la carta de Amaro

Vieira y una idea que se le había ocurrido, ¡y que le parecía magistral! ¡Magistral! Amaro le pedía con urgencia que le consiguiera una casa de alquiler, barata, bien situada y, a ser posible, amueblada; hablaba sobre todo de habitaciones en una casa de huéspedes respetable. «Ya comprenderá, mi querido padre y maestro», decía Amaro, «que eso es lo que de verdad me convendría; yo no quiero lujos, desde luego: un cuarto y una salita sería suficiente. Lo que es necesario es que la casa sea respetable, sosegada, céntrica, que la patrona tenga buen carácter y que no pida el oro y el moro; dejo todo eso a su prudencia y capacidad y crea que todos estos favores no caerán en saco roto: sobre todo que la patrona sea persona de buen trato y discreta».

—Pues mi idea, amigo Mendes, es ésta: ¡ponerlo en casa de la São Joaneira! —resumió el canónigo con gran contento—. Bonita idea, ¿eh?

—Una idea soberbia —dijo el coadjutor con su servil voz.

—Ella tiene el cuarto de abajo, la salita contigua y el otro cuarto, que puede servir de despacho. Tiene buenos muebles, buena ropa...

—Una ropa magnífica —dijo el coadjutor con respeto.

El canónigo continuó:

—Es un buen negocio para la São Joaneira: con los cuartos, la ropa, la comida, la criada, puede muy bien pedir sus seis *tostões* por día y con la ventaja de tener al párroco en casa.

—Sólo que, por la presencia de Ameliazinha, no sé —consideró tímidamente el coadjutor—. Sí, puede llamar la atención. Una muchacha joven... Dicen que también el señor párroco es joven... Su Señoría sabe lo que son las lenguas del mundo.

El canónigo se había detenido:

—¡Eso son historias! ¿Es que no vive el padre Joaquim bajo el mismo techo con la ahijada de su madre? ¿Y acaso no vive el canónigo Pedroso con una cuñada y una hermana de la cuñada, que es una muchacha de diecinueve años? ¡Pues entonces!

–Yo decía... –atenuó el coadjutor.

–No, no veo mal alguno. La São Joaneira alquila sus habitaciones, es como si fuera un hostel. ¿Es que no pasó allí unos meses el Secretario General?

–Pero un eclesiástico... –insinuó el coadjutor.

–¡Más garantías, señor Mendes, más garantías! –exclamó el canónigo y, tras detenerse, añadió con actitud confidencial–: Y, además, ¿es que a mí me conviene, Mendes! ¡A mí me conviene, amigo mío!

Hubo un breve silencio. El coadjutor dijo, bajando la voz:

–Sí, Su Señoría hace mucho por la São Joaneira...

–Hago lo que puedo, mi querido amigo, hago lo que puedo –dijo el canónigo y, con entonación tierna, risueñamente paternal, añadió–: ¡y ella se lo merece! Es que se lo merece. ¡Una bellísima persona, amigo mío! –se detuvo y, con los ojos en blanco, añadió–: ¡Fíjese en que, el día en que no aparezco por allí a las nueve en punto de la mañana, casi le da algo! «Pero, ¡criatura!», le digo yo. «¡Se preocupa sin motivo!» Pero, ¡el caso es que es así! Pues, ¡cuando tuve el cólico el año pasado! ¡Adelgazó, señor Mendes! Y, además, ¡siempre tiene algún detalle! Ahora, por la matanza del cerdo, lo mejor del animal para el «padre santo», verdad, así es como me llama.

Hablaba con los ojos brillantes y una satisfacción bobalicona.

–¡Ah, Mendes! –añadió–. ¡Es una mujer espléndida!

–Es una mujer bonita –dijo el coadjutor respetuosamente.

–¡Y, además, eso! –exclamó el canónigo, al tiempo que se detenía otra vez–. ¡Además, eso! ¡Conservada de maravilla! ¡Y eso que ya no es una niña! Pero no tiene ni una cana, ni una, ¡ni una sola! ¡Y hay que ver qué color de la piel! –y en voz más baja y con una sonrisa golosa añadió–: ¡Y esto de aquí! ¡Oh, Mendes, esto de aquí! –indicaba la parte del cuello debajo de la mandíbula, al tiempo que la recorría con su carnosa mano–: ¡Es una perfección! Y, además, una

mujer aseada, ¡aseadísima! ¡Y qué detallitos! ¡No hay día en que no me mande su regalito! ¡Ya sea una taza de jalea, un platito de arroz con leche o una hermosa morcilla de Arouca! Ayer me mandó una tarta de manzana. ¡Tenía usted que haberla visto! ¡La manzana parecía una crema! Hasta mi hermana Josefa dijo: «¡Está tan buena, que parece hecha con agua bendita!» –y, al tiempo que se llevaba la palma de la mano al pecho, añadió–: ¡Son cosas que llegan aquí dentro, Mendes! No, no es hablar por hablar, pero no tiene igual.

El coadjutor escuchaba con la taciturnidad de la envidia.

–Ya sé –dijo el canónigo, al tiempo que volvía a detenerse y pronunciaba las palabras lentamente–, ya sé de sobra que por ahí murmuran, murmuran... Pues, ¡es una grandísima calumnia! Lo que ocurre es que tengo mucho cariño a aquella familia. Ya lo tenía en tiempos de su marido. Bien lo sabe usted, Mendes.

El coadjutor hizo un gesto afirmativo.

–¡La São Joaneira es una persona de bien! ¡Ya lo creo que es una persona de bien, Mendes! –exclamaba el canónigo, al tiempo que golpeaba con fuerza el suelo con la punta de su paraguas.

–Las lenguas del mundo son venenosas, señor canónigo –dijo el coadjutor con voz llorosa y, después de un silencio, añadió bajito–, pero, ¡debe de salirle caro a Su Señoría!

–Pues, ¡ahí está, amigo mío! Imagínese que, desde que se fue el Secretario General, la pobre mujer ha tenido la casa vacía: ¡he tenido que darle yo para llenar la cazuela, Mendes!

–Pero ella tiene una haciendita –observó el coadjutor.

–Un pedacito de tierra, señor mío, ¡un pedacito de tierra! Y, además, ¡los tributos, los jornales! Por eso digo yo que el párroco es una mina. Con los seis *tostões* que le cobre, con lo que yo la ayude, con algo que saque de las hortalizas que vende de la finca, podrá arreglarse. Para mí es un alivio, Mendes.

–¡Es un alivio, señor canónigo! –repitió el coadjutor.

Guardaron silencio. La tarde caía muy límpida; el alto cielo tenía un color azul pálido; el aire estaba inmóvil. En aquel tiempo, el río iba muy vacío; trechos de arena relucían secos y el agua baja se arrastraba apacible y muy arrugada con el roce de los cantos.

Dos vacas, guardadas por una muchacha, aparecieron entonces por el camino cenagoso que por el otro lado del río, enfrente de la alameda, corre junto a un zarzal; entraron despacio en el río y, extendiendo el pescuezo pelado por el yugo, bebían poco a poco y sin hacer ruido; a intervalos erguían su bondadosa cabeza, miraban en derredor con la pasiva tranquilidad de los seres satisfechos y de las comisuras del hocico les colgaban hilillos de agua y baba, que brillaban con la luz. Con la inclinación del sol, el agua perdía su claridad cristalina y se alargaban las sombras de los arcos del puente. Por la parte de las colinas iba subiendo un crepúsculo difuminado y las nubes de color de sanguinaria y de naranja que anuncian el calor hacían, por la parte del mar, una decoración preciosa.

–¡Bonita tarde! –dijo el coadjutor.

El canónigo bostezó y, mientras hacía una cruz sobre el bostezo, añadió:

–Se acerca la hora de las avemarías, ¿eh?

Cuando, al cabo de poco, iban subiendo las escaleras de la catedral, el canónigo se detuvo y, mientras se volvía hacia el coadjutor, dijo:

–Pues ya está decidido, amigo Mendes, ¡voy a poner a Amaro en casa de la São Joaneira! Nos viene bien a todos.

–¡Les viene muy bien! –dijo respetuosamente el coadjutor–. ¡Pero que muy bien!

Y entraron en la iglesia persignándose.